

CATALUÑA

El barullo de las tribus

Silencio. Recogimiento. Es cuaresma, pero ¿qué importa si ya nadie sabe de esa vieja señora con siete pies? El silencio y el recogimiento son hoy tan laicos como imprescindibles para no contribuir al inventario de despropósitos con el que los popes de las tribus ensordecen nuestros oídos y deslumbran nuestros ojos. ¡Uf! El barullo, el caos y el despiste que hay aquí mismo —Barcelona es el mundo— al comenzar la primavera es tal que hasta profesionales del jaleo y de llamar la atención como Pedro Almodóvar y Penélope Cruz, con sus películas y *oscar*s a cuestas, logran pasar desapercibidos. Benditos sean quienes, como ellos, saben perfectamente que trabajan con material de fantasía: eso son las películas, puro espectáculo para nuestro deleite o enfado, ambos legítimos.

En la vida real, en cambio, el barullo consiste en confundir el culo con las témporas, lo cierto con lo falso, el surrealismo y el espectáculo con la vida cotidiana, que debería ser algo más comprensible. Ahí está *lo de Bolonia*: los Mossos cargan —¡parece mayo del 68!— contra los estudiantes en plena plaza de la Universitat. Y el exceso se produce sobre un enredo de *buena fe*: ¿qué hay más hermo-



MARGARITA RIVIERE

El barullo consiste en confundir el surrealismo y el espectáculo con la vida cotidiana, que debería ser algo más comprensible

so y saludable que equiparar los estudios españoles a los europeos?, ¿no es estupendo que tales estudios puedan facilitar trabajo futuro a los jóvenes?, ¿de qué se quejan?, ¿por qué han mantenido cuatro meses un encierro en el viejo rectorado?, ¿cómo es que tantos jóvenes españoles —no todos— protestan y no lo hacen con similar intensidad los europeos? Si tenemos unas autoridades ministeriales, autonómicas y acadé-

micas tan adecuadas, democráticas, llenas de buenas ideas y convencidas de lo estupendo del plan de Bolonia, ¿cómo es que no saben explicar a los estudiantes que todo será en beneficio del alumnado y que, por esa vía, mejorará la sociedad?, ¿quién es el tonto aquí: las autoridades o los estudiantes?, ¿quién es el listo?, ¿por qué tiene que intervenir la policía?, ¿no es esta situación un barullo de primer orden?, ¿quién es capaz de entender algo?, ¿sabía, intuía, preveía, la tribu de sabios universales —en ella militan catalanes selectos— que esta cosa llamada Bolonia iba a ser la excusa perfecta para hacer aflorar el malestar que muestran con claridad los estudiantes?, ¿qué se va a hacer ahora, cuando nadie se fía de nadie, cuando la Universidad catalana parece inmersa en una competición de fanáticos, cuando nadie es capaz de escuchar o entender a nadie?

Disculpad la retahíla de preguntas (hay muchas más). Es lo único que, legítimamente, se puede permitir un observador de vocación neutral, que ha intentado entender, sin éxito, el *problema Bolonia* a través de los medios de comunicación. Los medios no hacen milagros: explican lo que ven, lo que

oyen, lo que dicen los papeles legales y los protagonistas; no es poco, es muchísimo. Ahora que tantos cantan, tan alegres, la muerte de los periódicos, es realmente imprescindible que sigan mostrándonos el barullo real para hacernos preguntas sobre tanto malestar y tanta tribu en pie de guerra. Mientras Internet es una intrincada selva de mirada sectaria, subjetiva y parcial, un diario, hoy mismo —de papel o electrónico, lo que cuenta es la solvencia de la marca—, selecciona de oficio los elementos que ocupan el espacio real. Y el resultado parece incomprensible, pero es una forma de entender y saber. El barullo de las tribus ya define el malestar de nuestro mundo, el más próximo y el más lejano.

Barullo, tribus, primitivismo. Un superbanquero español diagnóstica hoy una “situación de emergencia económica” para mañana decir que al final del año “se verá la luz”. Los obispos españoles comparan a los niños con los lince: ¿ignoran que una mujer normal puede tener más de 25 hijos? Si abogan por esto, ¿por qué no lo dicen? El Papa —¡el Papa!— contradice, tan tranquilo, toda la sabiduría médica desaconsejando el uso de preservativos para prevenir el sida. El vicepresidente de la

Generalitat, señor Carod Rovira, se fotografía con un indígena de Ecuador que le entrega una lanza a cambio del millón de euros que certifica que los catalanes defendemos las lenguas en todo el mundo; mientras, trabajadores de aquí salen a la calle por el desempleo, aceptan la congelación del sueldo y la huelga de la enseñanza altera la vida cotidiana de tantos catalanes.

Los europeos acaban de crear un Consejo Europeo de Riesgo Sistémico —¿qué clase de mejunje será?—; la tribu del G-20 calienta expectativas, Jordi Pujol revive como editor de (sus) libros y los de sus discípulos a través de su fundación; Mark Zuckerberg, de 24 años, el genio de Facebook, logra 300.000 seguidores en España para su “negocio de la intimidad”, mientras Google espera legitimar, mediante un acuerdo con escritores y editores estadounidenses, su monopolio sobre la producción de libros en inglés.

Este inventario del desconcierto es incompleto, desde luego. Lo olvidaba: ¡todos hablan de innovación! Lo que eso quiera decir ahora es una monumental incógnita.

m.riviere17@yahoo.es

LA CRÓNICA

Rusos blancos

XAVIER THEROS

La historia rusa es de un caudal impredecible. Mientras el zarismo vuelve a ponerse de moda allí, sus descendientes directos —los nietos del exilio que provocó la revolución— contemplan con asombro el país de sus abuelos, sin entender muy bien a qué se debe tanto entusiasmo imperial. A casi un siglo de distancia, cuando parecían condenados al desván del olvido, los rusos blancos vuelven a ser actualidad.

La semana pasada estuvo en Barcelona Joan Daniel Bezsonoff —ese estupendo novelista catalán de origen ruso, nacido en Perpiñán—, que vino a presentar su último trabajo en la librería Laie. En *Una educació francesa* (L’Avenç) se narra la desaparición de un mundo —la niñez del autor en el Rosellón— visto atropelladamente como un lugar donde “el presidente de la república publicaba antologías poéticas y todos los catalanes hablaban catalán”. Una Francia infantil tan contradictoria e indescifrable como la diáspora rusa que retrataba en su anterior novela: *Els taxistes del tsar*, donde contaba las peripecias de los Bezsonoff —dos hermanos que se refugian en la Cataluña norte— y de su nieto, un escritor que intenta aprender el ruso para leer *Guerra y paz* en su lengua original, sin conseguirlo.

Las revoluciones tienen estas cosas, dispersan a la gente y complican las identidades. Tras el primer aldabonazo en 1917 y hasta el final de su guerra civil —en 1921—, miles de rusos tuvieron que huir. Condes que terminaban trabajando de camareros y generales haciendo de taxistas, como los que tanto impresionaron a Franco cuando —en su juventud— visitó París. La capital francesa era el



Joan Daniel Bezsonoff ama desafortunadamente a Luis Mariano, a Rusia y a Francia. / MARCEL·LÍ SÀENZ

Barcelona fue cobijo para miles de los rusos dispersos tras la Revolución de 1917

destino preferido de aquella expatriación, pero no el único. Barcelona también fue lugar de cobijo para muchos de ellos.

Lo había sido ya cuando el zar expulsó a León Trotski, que visitó la ciudad y cuya mujer e hija vivieron un tiempo en

la calle de Balmes. Después, quienes llegaron fueron los opositores al comunismo. Algunos de pega, como el hipnotizador Onofroff —del que otro día les hablaré—, que decía ser ruso o italiano según fuera el caso. Otros de tanto porte como Vladimir, el celeberrimo portero del hotel Colón de la plaza de Catalunya, siempre con su uniforme de oficial zarista. Aunque el más famoso de todos fue el príncipe Yusupov —el asesino de Rasputín—, que pasaba temporadas por aquí frecuentando el Excelsior de La Rambla y las playas de S’Agaró.

Era una comunidad pequeña en la que destacaban varios pintores, como la

ucrania Chana Orloff, a través de la cual vinieron Hélène Grunhoff y Serge Charchoune, o la también pintora Olga Sacharoff, que murió en su casa del Putxet en 1967. Un colectivo muy discreto, al que se añadirían linajes como el de los príncipes Demidoff; una dinastía de ricos mecenas cuya historia fue recopilada —hace algunos años— por una de sus parientas barcelonesas. Así como algún familiar del duque Vitte o el hijo de Vladimir Lamsdorff —ministro de Asuntos Exteriores de Nicolás II—, conocido abogado y uno de los traductores de Solzhenitsin al castellano.

En general, sus descendientes no parecen muy dados a las nostalgias prerrevolucionarias que tanto éxito desatan en la antigua Unión Soviética. Tampoco es la añoranza lo que hace reflexionar tan a menudo a Bezsonoff sobre su historia personal, sino más bien la pura estupefacción. Este “francés que se está curando”, que ama desafortunadamente a Luis Mariano, a Rusia y a Francia (por este orden), se muestra, sin embargo —con su estilo siempre atrabiliario y sentencioso—, como alguien al que la melancolía no ciega hasta el punto de borrar sus contradicciones. “Yo no perdono nada porque lo recuerdo todo”, pura dialéctica de la memoria para estos tiempos que corren.